

EL LEGADO DE FREUD SEGUN DERRIDA

Cecilia Gorodischer
Investigadora del CIUNR

La compulsión a la repetición

Para nosotros, psicoanalistas, “Más allá del principio del placer” es un texto clave. Momento de inflexión, de revisión y de viraje, marca un cambio teórico, lo que es decir que marca un cambio en la dirección de la cura y en la técnica psicoanalítica. El recorte de la compulsión a la repetición del aparato psíquico y el consiguiente destrono del hasta entonces imperio del principio del placer, conmueve una vez más los cimientos de la ardua construcción freudiana y lleva a Freud, una vez más, a reformular la base conceptual del Psicoanálisis. Ahora, dice, hemos llegado a esclarecer que de lo que se trata en la neurosis de transferencia es que el paciente repite en vez de recordar, entonces debemos admitir una compulsión de repetición más allá del principio del placer. Entonces, la compulsión de repetición viene a ocupar el lugar determinante que antes ocupaba el principio del placer como timón de la vida anímica. Pero qué función tiene esta compulsión a la repetición, en qué condiciones aflora y qué relación tiene con el principio del placer son las preguntas que van a guiar el texto por venir.

Freud historiza la técnica psicoanalítica, en ese año de 1920 en el que

escribe su “Más allá...”. Dice que primero la técnica psicoanalítica era un arte de la interpretación, y el trabajo del analista era comunicar al paciente en el momento adecuado lo oculto inconsciente. Pero como así no se encontraba una solución terapéutica, en un segundo momento el trabajo pasó del lado del paciente, que era quien debía corroborar las construcciones del analista con sus propios recuerdos; así, el arte del psicoanalista consistía en descubrir sus resistencias y mostrárselas, instándolo a que las abandonase (recurso a la “influencia humana”, dice Freud, nombrándola “transferencia”, cuando se trata de la cara de sugestión de la transferencia). Finalmente, el pivote fue la neurosis de transferencia, cuando ésta le mostró a Freud que el paciente repite lo reprimido en vez de recordarlo, como preferiría el analista. Esta repetición tiene siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil, que se repite en el terreno transferenceal, manera en la que se sustituye la neurosis anterior por una nueva, la neurosis de transferencias. Así que es en la transferencia en donde Freud encuentra este más allá que, lejos de remitir a ninguna clase de metafísica, lleva en el orillo la marca de su pro-

cedencia: la clínica psicoanalítica.

“Por lo general, el médico no puede ahorrar al analizado esta fase de la cura; tiene que dejarle vivenciar cierto fragmento de su vida olvidada, cuidando que al par que lo hace conserve cierto grado de reflexión en virtud del cual esa realidad aparente pueda individualizarse cada vez como reflejo de un pasado olvidado. Con esto se habrá ganado el convencimiento del paciente y el éxito terapéutico que depende de aquel”.¹

Vemos en estas palabras freudianas cómo el rasero por el que se pasa la especulación teórica es la técnica analítica, la dirección de la cura, sus efectos esperados, que son el convencimiento del paciente y el éxito terapéutico. Y a punto tal la compulsión a la repetición se muestra en la transferencia, esto es en el campo de la clínica analítica, que Freud agrega en un pie de página tres años después que debe contarse con el “efecto de sugestión” del analista, esto es, la obediencia hacia él, arraigada en el complejo parental inconsciente, para que pueda exteriorizarse la compulsión a la repetición que proviene de lo reprimido inconsciente.

Pero lo que llama la atención de Freud y despierta su asombro es que la compulsión de repetición reviva experiencias pasadas sumamente displacenteras, que ni siquiera en su momento pudieron dar alguna satisfacción, sino al contrario, debieron ser muy dolorosas y sentidas como irremediables. Así, el paciente repite todos los desaires de sus padres, cuando el amor hacia ellos sucumbió al desengaño. Los neuróticos repiten en la transferencia todas estas

vicisitudes de su vida infantil, forzando al analista a que les dirijan duras palabras, a que despierten sus celos o los desairen como antaño. Estas experiencias son repetidas porque una compulsión los fuerza a ella. ¿Por qué?

No sólo en la neurosis encuentra Freud esta compulsión a la repetición. También en esos casos en los que se reiteran en la vida de los sujetos ciertas vivencias, aún cuando éste las viva pasivamente, pareciendo que nada en su actitud induce a que tales ocurran: mujeres que enviudan reiteradamente y deben previamente cuidar a sus maridos en largas agonías; amantes que transitan siempre las mismas alternativas y los mismos finales; hombres que sufren las mismas desilusiones de sus pares o de sus subalternos.

Freud refiere a la compulsión de repetición los sueños de los enfermos de neurosis traumática y la impulsión al juego del niño, además de lo que llama la compulsión de destino, si bien reconoce que siempre hay una sobre-determinación, una pluricausalidad. Por ejemplo, en los fenómenos transferenciales está presente la resistencia del yo, que se obstina en la represión y se aferra al principio del placer.

Las neurosis traumáticas y el juego infantil: la experiencia clínica...

En el capítulo anterior, Freud se había detenido a analizar los sueños de las neurosis traumáticas, sueños que se caracterizan por reconducir al enfermo a la situación que lo enfermó, mos-

trando una característica propia de la histeria que, como manifestaran Freud y Breuer en 1893, “padece por la mayor parte de reminiscencias”. Lo que ocurre en los casos de neurosis traumática es que se pervierte la función del sueño que, como lo mostrara el propio Freud en 1900 (“La interpretación de los sueños”) es “la realización (disfrazada) de un deseo (inconsciente)”. Si la tendencia del sueño es el cumplimiento de un deseo, en estos casos la función del sueño se vio afectada profundamente y desviada de su fin.

¿Y qué ocurre en el juego infantil? También aquí encuentra Freud la repetición de una vivencia que por fuerza debía ser dolorosa para el niño del que se trata (su nieto de un año y medio), la partida de su madre, a la que se encontraba fuertemente unido y de la que debía soportar su ausencia largas horas durante el día. El juego consistía en arrojar lejos de sí los objetos que tenía a su alcance, acompañándose de una interjección que significaba “fort” (se fue). Jugaba a que sus juguetes se iban.

“Un día hice la observación que corroboró mi punto de vista. El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras sí por el piso para jugar al carrito, sino que con gran destreza arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo “o-o-o-o”, y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su apari-

ción con un amistoso “Da” (acá está). Ese era pues el juego completo, el de desaparecer y volver. Las más de las veces sólo se podía ver el primer acto, repetido por sí solo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin ninguna duda, correspondía al segundo”².

Freud encuentra aquí, junto a otras determinaciones, la compulsión de repetición apoderándose del esfuerzo de procesar psíquicamente una experiencia dolorosa, y exteriorizándose más allá del principio del placer. El niño no sólo repite activamente lo que debía sufrir cotidianamente en forma pasiva, sino que lo realiza una y otra vez, como empujado por revivenciar esa penosa experiencia, justamente por su carácter doloroso, esto es, más allá del principio del placer³.

...y la especulación

A partir del capítulo 4 de su “Más allá...”, Freud afirma que en lo que sigue va a pensar sin barandas, como diría Hanna Arendt de todo pensar independiente, crítico y creador. Va a apoyarse, dice Freud, en las “impresiones que nos brinda nuestra experiencia psicoanalítica”. La experiencia clínica, un trampolín, un punto de apoyo del que impulsarse para alcanzar un más allá del principio del placer hasta ahora rector del funcionamiento del aparato. Su hipótesis es que los sueños de las neurosis traumáticas “buscan recuperar el dominio sobre el estímulo por medio de un desarrollo de an-

gustia cuya omisión causó la neurosis traumática”. Entonces, los sueños de las neurosis traumáticas, así como los que se presentan en los psicoanálisis, y que nos devuelven el recuerdo de los traumas psíquicos, obedecen a la compulsión de repetición.

Así, no sería la función originaria del sueño eliminar, mediante el cumplimiento de deseo de las mociones perturbadoras, unos motivos capaces de interrumpir el dormir; sólo podría apropiarse de esa función después que el conjunto de la vida anímica aceptó el imperio del principio del placer. Si existe un “más allá del principio del placer”, por obligada consecuencia habrá que admitir que hubo un tiempo anterior también a la tendencia del sueño al cumplimiento de deseo. Esto no contradice la función que adoptará más tarde. Pero, una vez admitida la excepción a esta tendencia, se plantea otra pregunta: “¿No son posibles aun fuera del análisis sueños de esta índole, que en interés de la ligazón psíquica de impresiones traumáticas obedecen a la compulsión de repetición? Ha de responderse enteramente por la afirmativa”⁴.

Fragmentos

Benjamin Wilkomirski sabe su nombre por una casualidad. La misma que no le permite aún saber qué día nació, cuántos hermanos tuvo (¿cuatro o cinco?), qué día perdió a su padre, a qué edad, cuándo murió su madre, y dónde. Comienza su libro diciendo que

no tiene lengua materna, ni tampoco paterna, que su lengua tiene raíces en el yiddish de su hermano mayor, Mordechai, sobre el que se fueron sobreimprimiendo balbuceos babélicos de lenguas infantiles oídas en los campos de muerte nazis, en Polonia.

“Fragmentos” es un relato único de un niño que intenta reconstruir su infancia durante la guerra en los campos de exterminio nazis, tratando de que su yo no impere sobre sus recuerdos entrecortados. Podríamos decir siguiendo a Freud, tratando de que no impere en su relato el principio del placer, del que el yo es su vocero, su organizador, su timón.

Frente a la respuesta afirmativa de Freud sobre si los sueños pueden deberse a una tendencia anterior a la del cumplimiento de deseos (esto es, más allá del principio del placer), y si esto más que ser una excepción es un modo de ligar psíquicamente impresiones traumáticas por medio de la compulsión de repetición, voy a citar un sueño y un recuerdo de este niño que reflejan la afirmación freudiana. Primero, el sueño:

“La pacífica calma de ese primer sueño en el nuevo hogar de niños se vio destrozada por una pesadilla. La pesadilla se repetiría sin piedad durante los años siguientes, imagen por imagen, detalle a detalle, noche tras noche, como una máquina copiadora imposible de detener. Yo estaba en la penumbra y era el único niño sobre la tierra. Ningún otro ser humano, ni árbol, ni pasto, ni agua: nada. Sólo un gran desierto de piedra y arena. En el

medio del mundo, una montaña en forma de cono se erguía, amenazadora, contra el cielo oscuro. El pico de la montaña estaba cubierto con un casco negro, metálico, brillante, ominoso. Al pie de la montaña se levantaba una choza con una especie de pabellón en el frente. Debajo del pabellón había un montón de vagones sobre rieles. Algunos de los vagones estaban llenos de personas muertas; sus brazos y piernas asomaban por los bordes. Una vía angosta corría en línea recta hasta el pico, debajo del casco, y entraba en una mandíbula abierta que dejaba ver unos inmundos dientes marrones. Los vagones rodaban colina arriba, desaparecían en la mandíbula debajo del casco, luego salían y volvían a bajar, vacíos. En toda la llanura, alrededor de la montaña, brotaban de pronto del suelo hordas de insectos que picaban. Lo iban cubriendo todo, palmo a palmo, hasta donde alcanzaba la vista, y por fin, la llanura parecía un mar de criaturas malignas. Los bichos se me subían por el cuerpo. Hormigas, piojos, escarabajos que me trepaban por las piernas, por el estómago. Volando, chocaban contra mi cabeza, y se me metían en el pelo y en los oídos, los ojos, la nariz y la boca. La piel me empezaba a picar y a arder. Yo sabía que era su última comida en la tierra. ¿Adónde podía ir para salvarme? Vi que los únicos lugares que evitaban eran los vagones de hierro. Se deslizaban por ellos. Pero era inútil huir a uno de los vagones. Los vagones circulaban sin cesar, con la regularidad de un reloj, montaña arriba, y vaciaban

su contenido en el horrendo gahzate bajo el casco. Saltar a uno de los vagones sólo posponía mi destrucción. Me desperté con una sensación de desesperación, y con la certeza absoluta de que no había salida, que cualquier alivio no era más que un engaño, sólo un respiro breve y temporario ante la arremetida ineluctable de la muerte. Y sabía que sería tanto lenta como agonizante”⁵.

Cuando el niño estaba ya a salvo en un orfanato en Suiza, adonde había sido llevado por medios inexplicables para él, ese presente le resultaba más insoportable que el horror vivido; algo necesitaba ligarse dirá Freud, para que luego pueda sí imperar el principio del placer:

“Una y otra vez volvía atrás en mi recuerdo. No quería perder ni olvidar nada, porque quería huir de allí, quería volver ⁶, de alguna manera. Pensaba que la única manera de encontrar mi camino de regreso era si recordaba cada lugar, cada calle, cada casa, y cada barraca. Luego comparaba el mundo de donde había venido con el mundo al que me había traído Frau Grosz, que me había engañado, que en secreto me había abandonado, y entregado a este lugar. Por más que me esforzaba, no podía juntar esos dos mundos. Buscaba, en vano, un hilo al que pudiera aferrarme. Sólo podía alejarme de este extraño, insoportable presente, regresando al mundo y a las imágenes de mi pasado. Sí, eran casi insoportables, pero eran familiares, y por lo menos yo entendía sus reglas”⁷.

¿Y cómo se inscribiría en esta lógi-

ca la aclamada (y discutida) película de Roberto Begnini, "La vida es bella"? Justamente, del lado del primado del principio del placer y de la negación de la pulsión de muerte. Begnini trata de disfrazar ante su hijo la horrenda realidad, y cuenta para eso con la sugestión que puede ejercer sobre su hijo que lo ama, y trata de crearle a toda costa. Sin embargo, según la construcción freudiana el primado del principio del placer sólo puede lograrse una vez que se logra ligar la energía libremente móvil (no sin este trámite previo), para lo que es necesario corregir la causa del terror, que sería la falta de apronte angustiado que conlleva la sobreinvertidura de los sistemas que reciben primero el estímulo. El apronte angustiado es la última trinchera de la protección anties-tímulo, y la neurosis traumática el resultado de la ruptura de esa protección. Son traumáticas, entonces, todas aquellas excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección estímulo.

Si la vida es bella es porque el padre logra engañar al hijo, pero engañándolo a él también nos engaña a los espectadores, que podemos ilusionarnos con que la sugestión y las intenciones amorosas de salvación pueden triunfar sobre la pulsión de muerte desencadenada. La historia y los testimonios de los campos de exterminio demuestran lo errado de esta creencia. Al contrario, sólo el contacto más cercano con el horror, y la modificación del primado del principio del placer por el principio de realidad más des-

carnado, permitió a los pocos afortunados sobrevivir. También la Fortuna era necesaria.

Pulsión de muerte

Freud concluye que un carácter universal de las pulsiones es su carácter conservador, su búsqueda de reproducción de un estado anterior, que lo vivo debió abandonar por el influjo de estímulos externos:

"Pues bien; si todas las pulsiones orgánicas son conservadoras, adquiridas históricamente y dirigidas a la regresión, al restablecimiento de lo anterior, tendremos que anotar los éxitos del desarrollo orgánico en la cuenta de influjos externos, perturbadores y desviantes. Desde su comienzo mismo, el ser vivo elemental no habría querido cambiar y, de mantenerse idénticas las condiciones, habría repetido siempre el mismo curso de vida" ⁸.

"La meta de la vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo". Es por eso que la compulsión a la repetición sería anterior al primado del principio del placer, por este carácter conservador propio de la naturaleza de la pulsión que hace que el organismo sólo quiera morir a su manera, al decir de Freud ⁹. De esta manera, la antigua oposición entre "pulsiones yoicas" y pulsiones sexuales se transforma a partir del descubrimiento de la compulsión a la repetición en pulsiones de muerte y pulsiones de vida. Las primeras se esfuer-

zan en el sentido de la muerte, mientras que las segundas en la continuación de la vida.

La separación que traza Weismann en el campo de la biología entre soma y plasma germinal le presta a Freud un soporte para recuperar el valor de la división entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. En efecto, la tesis de A. Weismann es que la sustancia viva se diferencia en una mitad mortal y una inmortal, la primera de las cuales es el soma, sujeta a la muerte natural, y la segunda el plasma germinal, potencialmente inmortal, en cuanto es capaz de desarrollarse en un nuevo individuo bajo ciertas circunstancias favorables, es decir, de rodearse de un nuevo soma.

Tal sería la tesis freudiana de Eros y Tánatos, concepción eminentemente dualista de la vida pulsional.

El legado de Freud según Derrida ¹⁰

Para Derrida “Más allá del principio del placer” es un texto autobiográfico, si bien en un sentido nuevo, pero autobiográfico al fin. Más adelante dirá que la escena del Fort-Da es el de una escritura auto-bio-tánato-hetero-gráfica, una escena que produce la escena de la escritura.

La escena del juego de ese niño que es el nieto de Freud, Ernst, es leída por Derrida de un modo nuevo, y con un tamiz peculiar, que es el que queremos poner en primera línea: no hay en Derrida ninguna referencia al soporte clínico del más allá del principio del

placer, de la compulsión a la repetición y de la pulsión de muerte. Hay quizás, un semblante de clínica en la escritura derridiana; incluso quizás podamos decir, una sensibilidad clínica en su escritura, debida a una cierta imitación de lo que transmite la escritura freudiana por su escucha analítica. Derrida ejerce una suerte de como si. Pero lo que encubre ese como si es otra sensibilidad, otro semblante: el de una crítica literaria que repite el movimiento freudiano en lo que éste, empujado por Eros, tiene de peculiar: apropiarse de todo saber que le permita poner en escena su descubrimiento, al modo de la pulsión de vida que siempre retrocede para poder volver a realizar el trayecto desde el principio, posponiendo la muerte. Eso hace Freud con la arqueología, la biología, la óptica. Y eso hace Derrida con el psicoanálisis. De ese modo, como tantas otras veces en su obra, entra en la cadena genealógica freudiana.

Por eso, ante la pregunta de cuál sería el valor de esta lectura derridiana para nosotros, psicoanalistas; de qué ganancia nos aporta a nuestro campo, el de la clínica, esta mirada derridiana sobre esta escena primordial del Fort-Da, podemos arriesgar que, al contrario de lo que el propio Derrida cree, no nos enseña nada de la Pulsión de muerte. Más bien su mirada está del lado de las pulsiones que tratan de volver al principio del camino para postergar la muerte, que vuelven a los orígenes para preguntar de nuevo de qué se trata, como cuando Freud, al final de su vida, en “Construcciones

en el análisis”, vuelve a preguntarse por los fundamentos de la técnica analítica, de su concepción de la verdad psíquica y su eficacia. Del lado de Eros y no de Tánatos, aunque Derrida insiste en que lo que encuentra en el texto freudiano (y lo que él mismo construye, entonces) es la pulsión de muerte en acto, la compulsión de repetición en acto. No hay tal cosa.

El legado de Freud para Derrida es de otro orden que para nosotros, psicoanalistas. A Derrida Freud le lega una escena de escritura, la del juego del niño, Ernst, su nieto, nieto con el que Freud se identificaría. Y esta escena de escritura legada, es autobiográfica, siempre que se entienda esto también de un modo nuevo, con la alternancia del dualismo freudiano, lo auto como forma de lo hetero, lo bio como forma de lo tánato y la grafía como inscripción de lo que no puede escribirse, la pulsión de muerte.

Juego del carrete: escena de escritura

Al principio el juego del carrete es para Derrida un argumento, no todavía una escena de escritura. Lo llama argumento porque no puede encontrar otro nombre, dice que no es ni un relato, ni una historia, ni un mito, ni una ficción. En ningún momento piensa en una observación clínica (subrayo clínica, porque sí se entretiene en que se trata de una observación, pero se pierde en cuestiones pseudoepistemológicas, como el carácter de observador, o de protocolo, o de

objetividad), en esa escucha de los significantes que significarán para siempre desde que Freud lo formula la compulsión de repetición misma: Fort-Da. Al contrario, Derrida encuentra un argumento, en donde hay relato, historia, ficción, mito, anclados en la vaivén significativa de dos fonemas (o-o-o-o; a-a-a-a). Es también, dice Derrida, lo fragmentario, entendido como lo puntual de una no-totalidad, de un discurso.

Como Derrida entiende este más allá como un texto auto-bio-gráfico, también entiende la especulación freudiana sobre la compulsión a la repetición como repitiendo el juego del Fort-Da del nieto Ernst:

“Hasta en los detalles, puede verse cómo se recubren la descripción que va a seguir del *fort/da* (del lado del nieto de la casa) y la descripción del juego especulativo, tan aplicado y tan repetitivo también él, del abuelo que escribe *Más allá*...Es la misma aplicación. Acabo de decir: puede verse cómo se recubren”¹¹.

Y más adelante:

“Escribe que escribe, describe lo que describe pero que es también lo que hace, hace lo que describe, a saber lo que hace Ernst: *fort/da* con su carrete o su bobine. Y cada vez que decimos hacer, habría que precisar dejar hacer. Freud no hace *fort/da*, incansablemente con ese objeto que es el Principio del placer. Lo hace consigo mismo, se llama o se acuerda...Lo mismo que Ernst, al volver a llamar a sí el objeto (madre, chisme o lo que sea) pasa en seguida a llamarse o recordarse a sí mismo en una

operación inmediatamente suplementaria, así también el abuelo especulador, al describir o recordar o volver a llamar esto o lo otro, se llama o se acuerda. Y lo mismo hace lo que llamamos su texto, contrayendo un contrato consigo mismo para conservar todos los hilos (les fils: los hijos) de la descendencia”¹².

Derrida entrama la especulación freudiana de la pulsión de muerte con las vicisitudes del propio Freud entre 1920, fecha del “Más allá del principio del placer” y de la muerte sorpresiva de su hija preferida, Sofía; y 1923, fecha de la revelación del carácter maligno y fatal de su cáncer de la boca y de la muerte de Heinerle, su nieto preferido, el hermano menor de Ernst, nacido pocos meses antes de la muerte de la madre. Y de allí desprende el carácter bio-tánato-gráfico de este texto freudiano: el duelo por su hija; el duelo por su nieto (con el que recuerda Derrida que hablaba Freud de su operación de boca y de la de amígdalas de Heinerle: “Yo ya puedo comer mis corruscos. ¿Tú también?”; y del que decía “el niño más inteligente que conocí nunca”); el duelo por Julius, ese hermanito de Freud, que ocuparía el lugar de Heinerle en relación con Ernst en la época en que el fort/da fue observado, un año y medio.

Entonces, lo que Freud le lega a Derrida es esta escena de escritura que es el texto “Más allá del principio del placer”, escena de escritura que repite en acto la propia historia de Freud, que mientras especula repite el movimiento del juego de su nieto (él mismo), el

Fort/da de sus propias conceptualizaciones.

Sobre genealogías

“No importa si lo que de esto saliere tiene aire de “profundo” o suena a algo místico; por nuestra parte, nos sabemos bien libres del reproche de buscar semejante cosa. Nos afanamos por alcanzar los sobrios resultados de la investigación o de la reflexión basada en ello, y no procuramos que tengan otro carácter que el de la certeza”¹³.

“Es que hemos llegado a tales supuestos especulativos a raíz de nuestro empeño por describir y justipreciar los hechos de observación cotidiana en nuestro campo. Ni la prioridad ni la originalidad se cuentan entre los objetivos que se ha propuesto el trabajo psicoanalítico...”¹⁴.

¿Podríamos hacer pasar estas palabras freudianas como si fueran de Derrida? Seguramente que no. Porque si algo encontramos en lo que es el legado freudiano para Derrida es este afán suyo de alejarse de la descripción y de la justicia a los hechos, para ganar un campo de prioridad y originalidad, incluso de cierto aire de “profundo”, aún cuando se trate de borrar todo rastro místico. Nada más lejos de Derrida, nos parece, que alcanzar los sobrios resultados de la investigación o de la reflexión, o de procurar el carácter de certeza a cualquiera de sus afirmaciones. Este abismo, nos parece, no es sólo de estilo, o de momento histórico, o de métiers. Está marcado, en cambio, por

la presencia en uno y la ausencia en el otro de una referencia que, cuando existe, es tiránica: la experiencia analítica.

Lejos de que la ausencia de esta referencia menosprecie la especulación derridiana, le da el justo valor y permite que nos ponga sobreaviso: es posible que en este terreno sea más lo que nosotros, psicoanalistas, tengamos para ofrecer que para recibir.

Notas

1. FREUD, Sigmund: "Más allá del principio del placer"; en OC, Volumen 18, Amorrotu, Bs.As., 1993 (2ª edición, 5ª reimpresión).
2. Ibidem; pág. 14.
3. Vamos a retomar esta escena más adelante, cuando analicemos la lectura derridiana del texto de Freud.
4. Op.cit.; pág. 33.
5. WILKOMIRSKI Binjamin, Fragmentos de una infancia en tiempos de guerra; Atlántida, Bs.As., 1997.
6. Subrayado mío.
7. WILKOMIRSKI Binjamin, Op.cit., pág. 81
8. FREUD, S: Op.cit.; pág. 37/8.
9. Hay quienes entienden esta aseveración freudiana como una suerte de caída en el Romanticismo, como si Freud se deslizara a creer que efectivamente hay una intención en la muerte, una búsqueda afirmativa. Será Heidegger quien borrará este espejismo cuando entiende el Dasein como ser-para-la-muerte, no porque el Dasein tenga la motivación de llegar a la muerte, sino porque ésta funciona como límite real del ser. También Derrida asocia a Heidegger con Freud, cuando dice que "la analítica existencial del Dasein es inseparable de un análisis del alejamiento y de la proximidad que no sería tan ajena a la del fort/da" (Cfr. Derrida, Jacques, Op.cit., pág. 104).
10. Para lo que sigue tomamos el texto de Jacques DERRIDA, La tarjeta postal de Freud a Lacan y más allá, Siglo XXI, México, 1986.
11. DERRIDA, Jacques, Op.cit., pág. 54.
12. DERRIDA, Jacques, Op.cit., pág. 70.
13. FREUD, Sigmund, Op.cit., pág. 37.
14. FREUD, Sigmund, Op.cit., pág. 7.